

**DOMINGO DE PASCUA**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**1 de abril de 2018**  
**Hch 10, 34.37-43; 1Cor 5, 6-8: Jn 20, 1-9**

Queridos hermanos y hermanas en Cristo resucitado:

*El sepulcro* está vacío. María Magdalena corrió angustiada a decirlo a Pedro: no está el cuerpo del Señor. A la angustia, se une la desolación por la ausencia. Pedro, que había abandonado y negado a Jesús, entra en el sepulcro pero no encuentra a aquel que había amado y seguido con entusiasmo. No puede pedirle perdón y comprensión por su debilidad. El Señor no está allí. Piensan que se han llevado el cuerpo. Buscan al Viviente allí donde no está, entre los muertos. Sólo el discípulo que acompañaba a Pedro y que la tradición identifica con Juan, en su amor, es intuitivo y clarividente: ve el *sepulcro* vacío y cree que Jesús ha resucitado. Sabe que no es suficiente el ver para creer. Es que el fundamento del anuncio pascual no es el *sepulcro* vacío, sino la certeza, acogida con fe, de la resurrección de Jesús, de su paso a una vida nueva.

Pedro, más adelante, redescubrirá al Señor como Viviente y verá que, a pesar de haberlo negado, el amor de Jesús hacia él continúa, porque es un amor más fuerte que la muerte. Pero, además, se dará cuenta de que él ha de crecer en el amor. Entonces recibirá una nueva fuerza para anunciar y testimoniar la resurrección del Señor.

También nosotros experimentamos un vacío similar al de María Magdalena y al de Pedro ante la muerte de un ser querido o cuando pensamos en nuestra muerte. Como ellos, después de estos primeros momentos de incertidumbre y de angustia, y como Juan desde que vio el sepulcro vacío, en la fe debemos encontrarnos con Cristo resucitado. Nuestro yo, capaz de querer y de amar, continuará después de la muerte corporal, en una dimensión nueva gracias a la pascua de Jesucristo (cf. GP Dotto, "Il mistero della tomba Vuota": L'OR, 05/04/2017, p. 5). Esto nos llena de alegría y suscita la esperanza de participar, por don suyo, de su vida nueva en el Reino.

Jesús, que con su muerte ha aplastado la muerte, nos es fuente de alegría y de consuelo también ante las cruces cotidianas y los sufrimientos de la humanidad. Nuestro mundo está lleno de violencia y de muerte, de guerras y de catástrofes naturales, de prófugos y de refugiados, de enfermos incurables, de desequilibrios psicológicos, de inseguridad, de injusticias e incomprensiones. ¡Son tantas las preocupaciones que nos afectan y las situaciones que nos hacen sufrir! Pero los cristianos no nos cansamos de anunciar que Cristo es vencedor, que ninguna de estas situaciones negativas y dolorosas durará para siempre. Y eso nos hace encontrar la paz y la alegría en la vida de cada día. Y nos hace trabajar, con la fuerza que nos viene del Resucitado, para que cada vez en nuestro entorno haya más bien que venza al mal. De esto tenemos un modelo y ánimo en los apóstoles y en las mujeres que seguían a Jesús. Ellos experimentaron el sufrimiento y el desconcierto durante la pasión, la desolación al encontrar el sepulcro vacío. Pero, una vez se encontraron con Cristo resucitado tuvieron una alegría mayor, experimentaron un coraje nuevo que los llevaba a vivir con esperanza y testimoniar la victoria de Jesucristo.

Cada año, la Iglesia proclama, en el día luminoso de Pascua, que las cruces, las aflicciones, la tristeza, las penas, las pruebas, la corrupción, la violencia física o moral, el sufrimiento y la muerte han sido despojadas de su poder y vencidas por la cruz y la resurrección de Cristo. Esta es la fuente de nuestra esperanza que nos permite, como decía, trabajar cada día con confianza, a pesar de los desengaños y las dificultades

que a menudo podemos encontrar, sabiendo que él, victorioso del mal y de la muerte, estará con nosotros cada día hasta el fin del mundo, como vencedor y como compañero de camino para ayudarnos en las dificultades (cf. Mt 28, 20; cf. Bartolomé de Constantinopla, Mensaje Pascual para el 2017).

Si dejamos entrar a Jesucristo, el Viviente, en nuestras vidas y nos dejamos salvar por él, experimentaremos la liberación del pecado, de la tristeza, del vacío interior. Y podremos aportar a los demás una palabra de esperanza que ayude a superar la tristeza, a confiar, a vivir con dignidad y con coraje. Es desde esta perspectiva, también, que tenemos que trabajar para "superar las consecuencias de la crisis institucional, económica y social que vivimos" en Cataluña (cf. Nota del Obispos de Cataluña, 02/16/2018).

Jesucristo vive para siempre. Y está presente en la Iglesia, que él estima como esposa, a pesar de las limitaciones y el pecado de los que la formamos. Está presente de un modo particular en la Eucaristía que ahora nos disponemos a celebrar para tener comunión con él y acoger el don de su vida. Creemos en aquella palabra del Señor: *quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día* (Jn 6, 54), para tener vida para siempre. En esta celebración eucarística, tres escolanes, Arnau Garcia, Miquel Moretó y Pau Plana, harán su primera comunión. Oramos por ellos y les deseamos que desde ahora Jesús sea cada día el centro de su vida, que todo y el que hagan y lo que digan, que todos los momentos de cada día sean ocasión de vivir con él una amistad y una aventura de vida que les ayude a crecer como personas y como creyentes.

¡Cristo realmente ha resucitado! Celebremos, hermanos y hermanas, la Pascua en el gozo del Espíritu.